

## “El jardín de las cicatrices”

Había una vez una mujer llamada **Elena**, que amaba las flores más que cualquier otra cosa. Tenía un pequeño jardín en el patio de su casa, donde cada mañana regaba margaritas, rosas y lavandas mientras cantaba bajito. Su vida era sencilla, pero llena de colores... hasta que un día, entre los pétalos de su rutina, encontró algo que no esperaba: un pequeño nudo en su pecho.

Al principio pensó que no era nada, como una rama torcida que se endereza sola. Pero una voz dentro de ella —su instinto, su sabiduría, su alma— le susurró que debía ir al médico.

Y así lo hizo.

Días después, las palabras que tanto temía llegaron: “**cáncer de mama**”.

Elena sintió que su jardín se marchitaba de golpe. El mundo perdió color, el aire se volvió pesado, y las flores parecían inclinarse en silencio, como si entendieran su dolor.

Pero entre lágrimas y miedo, algo dentro de ella floreció: **la determinación**.

Comenzó el tratamiento con el coraje de quien planta en tierra árida. Perdió el cabello, el sueño y a veces la sonrisa.

Sin embargo, cada mañana, seguía saliendo al jardín.

Decía que las flores no dejaban de crecer por una tormenta... y ella tampoco lo haría.

Cuando la quimioterapia la debilitaba, su hija, Sofía, regaba las plantas por ella. “Así las flores no se sienten solas, mamá”, le decía. Y Elena comprendió que la vida, incluso en los días más grises, siempre encuentra cómo seguir brotando.

Pasaron los meses. Elena aprendió a amar su reflejo nuevo, con cicatrices que contaban historias de valentía.

El día que el médico le dijo “**estás libre de cáncer**”, volvió a su jardín con un ramo de semillas nuevas. Las plantó una por una, y a cada una le dio un nombre: **Esperanza, Valentía, Fe, Amor, Paciencia, Renacer**.

Con el tiempo, su jardín se convirtió en un lugar especial. Las vecinas, al pasar, decían que nunca habían visto flores tan fuertes, tan vivas, tan llenas de luz.

bro de sus  
... Un capítulo que no les

Elena sonreía y respondía:

—Es que estas flores crecieron con lágrimas... y con amor.

Y así, entre colores y aromas, aprendió que las cicatrices no son el final del cuento, sino **raíces que sostienen un nuevo comienzo.**